

El negocio de la basura en Argentina

La recolección informal de residuos es hoy una industria que mueve unos 450 millones de pesos al año, aunque cálculos no oficiales hablan de hasta 700; un mundo de precaria legalidad queda al desnudo

Cuando el Tren Blanco se pone en marcha en la estación de José León Suárez, se pone en marcha también uno de los engranajes principales de un fabuloso negocio que moviliza más de 450 millones de pesos al año. Todos los días, el Tren Blanco, el tren de los cartoneros, lleva y trae familias enteras que llegan a la Capital para buscar entre la basura de la Ciudad de Buenos Aires el mendrugo que les permita sobrevivir.

De esos 450 millones, se estima que los cartoneros mueven alrededor del 20%, es decir, unos 90 millones originados en la informalidad. A lo largo de la ruta de la basura -que empieza con los cartoneros y la recolección y clasificación de los materiales, continúa con los galponeros o acopiadores y termina en las empresas de reciclado-, un mundo de precaria legalidad queda al desnudo: trabajo infantil, vulnerabilidad y alta exposición a focos infecciosos, mafias, veredas sucias con bolsas de residuos despanzurradas, empresarios que aprovechan la informalidad del negocio para ganar más y, hasta el momento, tímidas acciones de gobierno para poner en orden el andamiaje del negocio.

Por lo pronto, en el Gobierno de la Ciudad admiten no tener cifras exactas no sólo de los cartoneros que hay en las calles porteñas sino tampoco de la dimensión del negocio y los millones que se facturan. En plena crisis de 2001 se calculaba que había unos 40.000 cartoneros en actividad; hoy se habla de 20.000, pero el gobierno reconoce sólo a los más de 6000 (en otra época llegaron a ser 9000) que están actualmente anotados en el Programa de Recuperadores Urbanos (PRU). Llegan en tren, camiones o a pie y el 70 por ciento vive en la Provincia.

Hernán Pérez, titular de la Dirección General de Políticas de Reciclado Urbano, reconoce que tiene un problema de serias dimensiones entre manos y, aunque amplía el círculo de responsabilidades ("La ciudadanía es cómplice de ese desorden cuando saca la basura a cualquier hora", dice), admite que la informalidad envuelve al negocio de la basura, tanto en el aspecto puramente económico (evasión de pago de impuestos, tasas, aportes, etcétera) como en el laboral y en el social: "La actividad -dijo a LA NACION el funcionario- integra mano de obra barata, con lo que algunos actores no formales se enriquecen espuriamente. Pero a este gobierno no se le puede cargar en la mochila la responsabilidad de un sistema perverso y los 40 o 50 años en los que nadie hizo nada."

El círculo vicioso

El circuito empieza con el cirujeo, continúa con un acopiador o "galponero", luego pasa por un mayorista y concluye en la empresa de reciclaje. Cuando el material que se recicla llega al comercio, en una cadena en la que hay varios intermediarios, alcanza un valor de venta mucho mayor -hasta se sextuplica-, por lo cual el negocio total asciende a unos 450 millones de pesos anuales.

Según estimaciones de la Asociación de Fabricantes de Celulosa y Papel de la República Argentina (Afcparg), por año se recogen más de 430.000 toneladas de cartón en todo el país. Otras voces aseguran que las toneladas de papel recuperado aumentaron

explosivamente en los últimos dos años: ya no son 430.000 toneladas, aseguran, sino 600.000, por lo cual el negocio en danza ya no sería de 450 sino de 700 millones de pesos.

Con esos números en juego, se puede entender mejor aquel exabrupto del hoy diputado Mauricio Macri, que tuvo participación en empresas del sector cuando, en 2002, no dudó en decir algo que hoy prefiere olvidar: "Es tan delito robar la basura como robarle a un señor en la esquina". Entonces, la recolección de basura se pagaba por toneladas y los cartoneros irrumpían masivamente en las calles en busca de tan caro desperdicio.

Hoy Macri piensa diferente: "No, yo no dije eso. Digo que es un negocio informal en el que los cartoneros son víctimas y no se benefician, ya que tienen que hacer un trabajo de altísimo riesgo. Hay que garantizarles condiciones de salubridad y sin que afecte la limpieza de la ciudad. El problema de la basura es, junto con el de la seguridad, el que origina más reclamos de los vecinos. El cambio de sistema de recolección, por zonas y no por toneladas, no sólo no mejoró la situación sino que la empeoró, y el gobierno perdió así la capacidad de control".

José Pronato, director ejecutivo de la Cipetar, la Cámara de la industria del PET (envases plásticos), también apunta al delicado equilibrio del negocio: "El cartonero no pagó por esa basura que recogió y vendió. El galpón que la compró también la adquirió en negro. Pero en algún momento viene el gobierno y te pregunta: ¿A quién le compró esas 50 toneladas? Es todo un intrínquis, en el que se transforma una parte de la economía negra en economía blanca. El cartonero, el galponero, existen por un tema de logística".

Justamente, ese punto en el que un negocio millonario pasa de las sombras a los cuadernos contables es uno de los grandes problemas a resolver. Otro es el desamparo del cartonero, beneficiario y víctima, a la vez, de un circuito informal que, si bien le permite juntar unos pesos en épocas de sobrevivencia difícil, no le ofrece protección social ni laboral; otro también es la proliferación de "mafias" que se dividen zonas de operación amparadas en la distracción del Estado. La falta de higiene en las calles tras la apertura desordenada de las bolsas y, especialmente, la decisión política que termine de resolver el problema de los rellenos sanitarios, son las otras asignaturas pendientes por las que el gobierno porteño recibe no pocas críticas.

La diputada Paula Bertol (PRO) presentó en la Legislatura un pedido de informes al Poder Ejecutivo "debido al contexto de desorden, falta de higiene, inseguridad e ilegalidad en que trabajan algunos cartoneros" en la ciudad de Buenos Aires. Para el legislador porteño Juan Velasco (ARI), de la Comisión de Ecología, el gobierno falló en la forma de encarar el problema: "El PRU es un fracaso. No se sabe cuántos cartoneros hay, no se hizo un seguimiento de esa gente, no se sabe cuántos menores hay, si van a la escuela, qué otros actores participan en el negocio. La política sobre la basura no fue exitosa ni con la limpieza de la ciudad ni con los cartoneros. No generó las cooperativas necesarias y alentó a que siguieran en forma individual. Recién el año pasado la Ciudad empezó a brindar apoyo a los cartoneros. La recicladora en Villa Soldati no pasa de ser sólo un gesto. El camino, como se hace en otros países, es incorporar al cartonero a un circuito formal a través de cooperativas y generar trabajo genuino".

La planta recicladora que menciona Velasco -una planta separadora de residuos inaugurada el mes pasado en Villa Soldati por el gobierno porteño y los recicladores urbanos de la Cooperativa Ecológica de Recicladores del Bajo Flores (Cerbaf)- es, justamente, una de las cartas ganadoras de Pérez a la hora de defender la política de su gobierno para el sector: lo que se busca es rescatar del circuito informal a los cartoneros para darles un trabajo formal en una de estas empresas recicladoras que, en este caso, empleará a unos 30 operarios, todos cartoneros de la zona en la que hace cuatro años se formó la cooperativa. En una segunda instancia se incorporarán más trabajadores para alcanzar la capacidad máxima de procesamiento de las instalaciones, que es de 120 toneladas de residuos diarios, lo que requiere alrededor de 150 personas.

La otra iniciativa que Pérez defiende es la creación del Registro Permanente de Cooperativas y Pequeñas y Medianas Empresas (REPYME) que busca formalizar esa parte en negro del negocio: los galponeros y otros intermediarios a los que los cartoneros consideran como "lacras". Hasta el momento, 130 galpones integran esa lista. Según Pérez, la formalidad debería llegar con este "ordenamiento" de la actividad.

La pregunta es, por supuesto, qué pasará con los cartoneros que queden "afuera", porque no hay planes a la vista para otras plantas como la de Soldati, salvo los cinco centros verdes que las empresas concesionarias, en virtud de la ley de Basura Cero aprobada en 2005, están obligadas a construir en los próximos años, cinco centros de residuos de alta complejidad en donde deberían contratar a cartoneros registrados en el PRU. Sin embargo, aun sumando esas futuras fuentes de trabajo, se estima que serán en total unas 1000 personas. El resto de los cartoneros, ¿seguirá en la informalidad?

Podría decirse que los números no dan como para incorporar definitivamente a todos los cartoneros en el circuito formal de trabajo. O podría acaso sospecharse que es justamente la permanencia de esos miles de trabajadores al margen de las obligaciones impositivas lo que contribuye a la millonaria rentabilidad del negocio. En líneas generales, empresarios y especialistas, con distintos argumentos, dicen que el rol del cartonero es fundamental en la cadena, irremplazable. Son pocos los que discuten ese protagonismo y Rafael Gaviola, titular de Afcparg, es uno de ellos: la labor del cartonero es "dura", acepta, pero cree que su aporte a la industria del reciclado no es tan necesaria en la industria del papel porque, asegura, la mayor parte del papel que se recicla llega por devolución de diarios, las fábricas de papel y los supermercados. "La informalidad de una parte del circuito y de los cartoneros son consecuencia del modelo de país."

Formalizarse les conviene absolutamente a todos, porque abren nuevos mercados. No veo inconvenientes en eso, sino en la actitud histórica del Estado para implementar estos mecanismos. Cuando el Estado no tiene poder de control sostenido en el tiempo, la informalidad es inmune a la actitud represiva, y mucho más si quienes la llevan a cabo son corruptos. Los galponeros y los sectores informales en general están hartos de que el Estado los trate como mafiosos, de que se les dificulten las condiciones para blanquearse, y de que después vayan a pedirles "el diego", dijo Schamber.

En el área del PET, en cambio, es donde sí el cartonero parece irremplazable. El licenciado José Pronato, director ejecutivo de la Cipetar, admite que, en una primera etapa, alguien tiene que hacer la recolección y, si no hay una recolección diferenciada, no se puede reciclar.

Un camino largo y sinuoso

Desde otra perspectiva, también Juan Carlos Villalonga, director de políticas ambientales de Greenpeace e impulsor de la ley de Basura Cero, cree que los cartoneros son "fundamentales" para el proceso de reciclado que contempla esa ley: "En la ciudad se generan 5000 toneladas diarias de basura. Los rellenos sanitarios están en colapso. Hoy la ley de Basura Cero apunta a transformar esa basura en recursos y los cartoneros tendrían una participación fundamental en este proceso. Hay cooperativas de cartoneros que son un ejemplo a seguir, como El Ceibo, pero es difícil, porque es gente que nunca tuvo un trabajo formal".

Jesús Otero, presidente de Reciclar S.A., pionera en el reciclado de PET en el país, tenía 50 empleados hasta hace un par de años atrás; hoy trabajan 250 personas en su planta de Sarandí: "Adquirimos la tonelada enfardada de PET a 900 pesos el transparente y 600 pesos el de color. Después de todo el proceso químico de lavado y molienda, se vende a 600 dólares la tonelada. Se utiliza para la fabricación de ropa con tela tipo polar, entre otros usos. El 90% va a China, también a Alemania. Para nosotros es insustituible el cartonero: si ellos desaparecieran, nosotros también. La separación de residuos es también un tema cultural y de educación en el que el Estado no hace nada".

Pronato y Otero, junto con otras empresas del sector y líderes de cooperativas de cartoneros de todo el país, estaban invitados al congreso nacional de cartoneros que se iba a realizar el abril en Mar del Plata, en el que se pensaba crear un sindicato nacional de cartoneros. "Son muy difíciles, individualistas", opinaron los que chocaron con los representantes cartoneros e intentaron organizar ese encuentro, las organizaciones Barrios de Pie y el MTD-Evita, bajo el Movimiento Nacional de Trabajadores Cartoneros, Recicladores y Organizaciones Sociales.

Pablo Schamber, estudioso de la temática cartonera, antropólogo, docente e investigador de la Universidad Nacional de Lanús y flamante coordinador del área social de la Estrategia Nacional de Gestión Integral de los Residuos Sólidos Urbanos, de la Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable de la Nación, entiende que el camino para darle una solución al problema de la basura es largo y sinuoso: "Hay miles de obstáculos que implican simultáneamente aspectos políticos, económicos, culturales. ¿El problema es el paisaje urbano que la presencia de cartoneros arruina? No, el problema es la pobreza, la marginalidad, la falta de trabajo y la precarización de las condiciones de trabajo."

Podríamos agregar a la lista el trabajo infantil, la inseguridad, la indefensión de los trabajadores cuando la distracción del Estado permite el surgimiento de grupos con códigos mafiosos, la evasión impositiva, el descontrol ambiental. Ni más ni menos.

Por Gustavo Barco

"Hay hambre, ¿qué podés hacer?"

"Viajamos como sardinas", cuenta Lidia, coordinadora del Tren Blanco, y muestra el abono mensual que le costó 18 pesos. Junto a ella está María del Carmen, 42 años, 12 hijos: "La mitad de mis hijos son chiquitos, lo traigo al Walter hace dos años ya, ahora

tiene 15 y va a noveno grado. Mañana no va a ir porque llega muy cansado. Le duele la espalda". Su zona, la que cuida celosamente, es la cuadra que está en Juramento entre Vidal y Moldes. "Si no venís, la gente se queda con tus porteros. Ayer vendí el plástico que tenía juntado desde hace un mes. Me dieron 40 pesos".

Los lunes por la tarde llega a la cooperativa El Alamo, de Villa Pueyrredón, el camión que viene a comprarles a los cartoneros lo que juntaron el fin de semana. En total son 42 cartoneros, que se turnan para acopiar lo que pueden, al lado de las vías del tren. Carmen Guitérrez tiene 55 años y es la presidenta de la cooperativa. Está sentada con un cigarrillo en la mano, la mirada cansada y las manos callosas: "Nosotros no queremos ser galponeros, queremos romper con ese intermediario. Necesitamos un galpón para poner un jardín de infantes y un comedor". Muestra un papel amarillo, la "factura" que le entregó el encargado del camión del Bajo Flores. Fueron 122,40 pesos por una carga de unos 400 kilos en total, entre papel, cartones y PET. "Con esto ayudo a mis hijas y alimento a mis ocho nietos", dice. Los cartoneros obtienen por su labor un promedio de 300 ó 350 pesos por mes (otros aseguran recaudar entre 200 y 220 pesos por semana).

Los que viven en la zona sur esperan en el hall de la estación; unos con los carros vacíos y otros con los carros repletos (en el conurbano se pagan unos centavos más por kilo), para que los lleve de regreso a casa el apodado Tren Fantasma. "No hay luz, viajamos encerrados, como cerdos", se queja Mirtha. Su hijo Matías, de 8 meses y medio, toma la teta mientras ella trabaja y le cuenta su historia a LA NACION.

Para todos los cartoneros, los galponeros son "lacras". Y ellos lo saben. El encargado del lugar en Constitución, custodiado por dos policías, dice que su patrón sólo viene por las tardes, media hora. Los dueños de los galpones en donde se acopia el material son los más escurridizos, envían camiones con peones para sus compras, muy pocos los conocen.

Por lo bajo, los cartoneros hablan de las "mafias" de los camiones. En el microcentro, un puñado de camiones son los que manejan esa porción del negocio. Una de esas personas, con más de 30 años en el oficio, habló con LA NACION, con la confianza de haber pactado el anonimato.

Cuentan que es el "kapanga" del centro, que tiene cuatro camiones y galpones; él dice que sólo tiene uno y que "apenas" sobrevive: "Los que hacemos esto somos cinco, seis. Les compro a los cartoneros y también a los bancos. Cuando termina la limpieza del banco tengo que ir a buscar el papel. Si no puedo ir a cargar, la tiran igual y es papel que yo ya pagué. Ahora, la gente ve que te llevás papel, se amontona, empezás a discutir. Hay hambre, ¿qué podés hacer? Ellos siempre creen que los estás "zarpando" con el peso. Se creen que uno se está haciendo millonario y nada que ver. Los cheques te los dan a 30, 45 días. El margen de ganancia es poco, centavitos, cada 4 toneladas gano 240 pesos, sacá los gastos... Aunque tengas todo en regla, la policía siempre te combate. ¿Mafia? Aquí cada cual tiene su esquina; si vas a una que no es tuya, te sacan carpiendo".

La cadena de valor

El tesoro está en las calles: papel, cartón y botellas de plástico (PET) que se desechan. Lo más buscado es el PET, que se paga por kilo (equivalente a unas 20 botellas de litro y medio) 60 centavos el transparente y 40 el de color, aunque los precios varían según el galponero que lo compra. Esto equivale a un valor de 600 pesos la tonelada de PET transparente y de 400 pesos la tonelada de PET de color.

El papel de diario que recogen en las calles y separan los cartoneros, en cambio, se paga unos 10 centavos el kilo, 20 centavos el cartón y 50 centavos el papel blanco. Esto a su vez equivale a unos 100, 200 y 500 pesos respectivamente la tonelada, que es lo que los galponeros o acopiadores pagan a los recolectores.

El galponero carga a los desperdicios que compra un margen de ganancia de entre el 15 y el 20 por ciento y después vende el material enfardado en la siguiente etapa de la cadena, a unos 230 o 240 pesos la tonelada de papel.

El empresario, por su parte, multiplica este valor por 3 o 4. Con eso amortiza los costos de mano de obra y energía, una merma del 15% en el cartón recuperado, y se queda con una ganancia importante.

Por ese cartón recuperado

Link corto: <http://www.lanacion.com.ar/817616>